

Juan Bautista Antequera y Bobadilla del Eslava, el invicto marino laureado

El 1 de junio de 1823, en el municipio de San Cristóbal de la Laguna, nace Juan Bautista Antequera y Bobadilla, prohombre del convulso s. XIX español.

Su padre, llamado como él Juan Bautista Antequera, nacido en la preciosa ciudad manchega de Villanueva de los Infantes, había introducido en las Canarias el cultivo de la cochinilla, provechoso insecto para la industria de los tintes. Es su madre María del Rosario Bobadilla de Eslava, y tiene tres hermanos: José María, María del Rosario, y Clara Josefa.

A la edad de quince años, como se hacía entonces, Juan Bautista ingresa en la Escuela de Guardiamarinas de Cádiz. Desde muy joven despunta en el servicio a la patria. En 1840, en el marco de la Primera Guerra Carlista, embarcado en el bergantín Héroe, participa en la acción de los Alfaques, siendo premiado con la Diadema Real de Marina, llamada por algunos la laureada de los mares.

Cuatro años más tarde, en 1844, con apenas 21 años recién cumplidos, realiza la acción que le valdrá la Laureada de San Fernando. De la biografía que de Juan Bautista Antequera realiza su hijo, llamado, como él, Juan Bautista, I Conde de Santa Pola, publicada en el año 1927, extraemos estos datos de la misma:

“El 1 de julio de 1843 transbordó al vapor Isabel II, con el que asistió a los sitios de Alicante y Cartagena, sublevadas, en cuya insurrección habían tomado parte fuerzas del ejército y los guardacostas. Hostilizando estos últimos a los zapadores ocupados en los trabajos del sitio, fueron batidos y perseguidos hasta el mismo puerto, cambiando aquél sus fuegos con todos los fuertes de la plaza, que le hicieron algunas bajas y varias averías, y logrando este solo buque hacer algún daño e imponer a la población. Pocos días después, habiendo desembarcado ocho cañones de la fragata Cristina, con los que se formó la batería de brecha, servida por marinería y tropa de los buques, desempeñó el cargo de teniente en la misma, el guardia marina de primera clase con distintivo de alférez de navío Don Juan Bautista Antequera.

Al año siguiente, 1844, asistió con el mismo buque al bloqueo del puerto rebelde de Alicante; el día 11 de febrero en que dieron comienzo las operaciones apresó con los botes del vapor al falucho guardacostas África que, acoderado en la isla Tabarca, era defendido por dos compañías sublevadas que guarnecían la isla y por la artillería de la torre que la fortificaba. Al amanecer del día siguiente se rindió la isla, siendo ocupada por fuerzas leales. Persiguió a los faluchos Rebelde, Plutón y Proserpina, que se refugiaron dentro del puerto de Alicante, sufriendo el fuego de artillería de la plaza y castillo a corta distancia, tanto por dicha persecución cuanto por proteger las obras de los ingenieros del ejército leal, recibiendo varios balazos en el casco y chimenea, y teniendo algunos muertos y heridos, por cuyos servicios se le concedió la Cruz de San Fernando de primera clase”.

Una concesión que se produce el 6 de julio de 1844, sólo cinco meses después de producidos los acontecimientos que dan lugar a la distinción, siendo alférez de navío.



El Laureado Juan Bautista Antequera

El episodio histórico en el que se enmarcan los hechos es el conocido como “La Rebelión de Boné”, acontecido entre el 28 de enero y el 9 de marzo de 1844, un movimiento liberal progresista contra el gobierno liberal moderado de González Bravo formado a finales de 1843 tras la caída, en julio de ese mismo año, de la Regencia de Espartero. Y se llama “de Boné” por encabezarla el coronel de caballería y comandante de carabineros Pantaleón Boné.

Embarcado en el buque de la Armada “Héroe”, en 1845 consigue que el presidente argentino, Juan Manuel de Rosas, libere a unos presos españoles que tenía, lo cual hará con habilidad y diplomacia. Se dice que al verse ante el mandatario rioplatense, que le recibió de cualquier manera, sin ni siquiera vestirse para la ocasión, le dijo: “Tiene Vd. razón mi general, aquí hace mucho calor, será mejor que nos pongamos los dos en mangas de camisa”, lo que al parecer, despertó la simpatía del argentino. Quien con esta soltura se dirige al tirano tiene 22 años, y apenas es alférez de navío.

En 1851, al mando del vapor Habanero, participa en La Habana en varias acciones contra los piratas que asuelan la zona, entre otros, el temido Narciso López, cuya pretensión, según el historiador británico Hugh Thomas, no era otra que la de anexionar Cuba a los estados esclavistas del sur de los Estados Unidos. El buen hacer de Antequera en el escenario le ganan la cruz de Carlos III y el título de Benemérito de la Patria.

Corriendo el año 1859, y al mando del General O’Donnell, a la sazón presidente del Gobierno, Antequera participa en la Guerra de África como comandante del “Villa de Bilbao”, dando muestras de buen hacer y valor en las acciones llevadas a cabo en Río Martín, Arcila y Larache. Guerra que, como se sabe, termina con una gran victoria española y el Tratado de Wad Ras. Es ascendido a coronel. Tiene apenas 34 años.

Y llega el año de 1866. Tras casi medio siglo de total ausencia española en aguas tan lejanas, España envía al Pacífico una flota con una misión meramente científica y diplomática. La desconfianza de las nuevas repúblicas americanas hacia la Madre Patria, unida al temor que otras intervenciones extranjeras de varias nacionalidades, - francesas, inglesas o norteamericanas-, estaban generando en el continente, hará que el ambiente se enrarezca a gran velocidad.

El detonador del conflicto será una simple reyerta entre civiles peruanos y españoles que, no resuelta a satisfacción de las demandas de los marinos españoles, lleva a éstos a ocupar las peruanas islas Chincha, productoras de guano, importante fertilizante que constituía una de las mejores fuentes de ingresos de la economía peruana. La firma del acuerdo llamado Vivanco-Pareja, -Pareja era el comandante de la flota española, Vivanco un mandatario peruano- habría podido representar el fin de las hostilidades, salvo que dicha firma producirá por el contrario, un golpe de estado en Perú que derroca al presidente Pezet y aúpa al poder al coronel Mariano Ignacio Prado, contrario al mismo. España decide entonces el envío a la zona de una nueva flota de cuatro barcos, entre los cuales la poderosa fragata Numancia, primer acorazado de la Armada Española, y uno de los barcos más importantes del mundo en aquel momento.



La Fragata Numancia

Chile se une al Perú. La escuadra española decide entonces el bloqueo de los puertos chilenos, pero el apresamiento de la corbeta española “Virgen de Covadonga” por la chilena “Esmeralda”, después de que Pareja hubiera permitido la salida de ésta del puerto de Valparaíso a pesar del bloqueo, va a producir en el jefe de la flota hispana una situación de angustia tal que se descerraja un tiro. Pareja será reemplazado por el capitán de navío Casto Méndez Núñez, hasta ese momento comandante de la Numancia, ya en el escenario.

El Gobierno ordena el bombardeo primero del puerto chileno de Valparaíso, y luego, el 2 de mayo de 1866, el del puerto peruano de El Callao, dando con ello por terminada la operación de castigo, con una victoria que celebran madrileñas plazas como “Abtao” o “Callao”, o el no menos madrileño barrio de “Pacífico”. Si bien los peruanos, al ver alejarse los barcos españoles sin proceder a la conquista, darán también ellos la batalla por victoria, dedicando a “su” victoria la que es una de las más bellas plazas de toda Lima: la del Combate del 2 de mayo, de facturas tan parisinas que, de haber sido emplazada en la gran capital gabacha, se reconocería como una de las más bellas.

Cuando dos meses después, en el marco de las guerras por la unidad italiana, se produzca en Lissala primera batalla naval en la que las dos armadas contendientes poseen acorazados, el comandante austríaco Wilhelm von Tegetthoff, su vencedor a la postre, arengará a sus marinos con estas palabras: “Imitemos a los españoles en El Callao”.

Terminada la batalla, nuestro laureado marino recibe la orden del Gobierno de volver a España con la Numancia atravesando el Pacífico. Al doblar el cabo africano de Buena Esperanza, ante el nuevo empeoramiento de la situación en América, en lugar de ascender hacia España, decide continuar su singladura por el Atlántico hasta llegar a Rio de Janeiro, donde, una vez que arriba, se ha convertido en el primer hombre en dar la primera vuelta al mundo en un barco acorazado. Por esta hazaña, la Reina Regente María Cristina le concederá luego un lema en el que reza la inscripción “In loricata nave primus circumdedisti me”, “En nave acorazada fuiste el primero en darme la vuelta”, mismo que recibiera en su día Juan Sebastián Elcano del César Carlos, con el añadido “In loricata nave”, “en nave acorazada”. Es condecorado con la medalla del Viaje de Circunnavegación de la Numancia.

En los tiempos convulsos de la llamada Revolución Gloriosa que depone a la reina Isabel II, Antequera pone fin a un golpe republicano en Málaga, y luego, en Santa Pola, aborta, él solo, un brote de golpe militar surgido en el barco Villa de Madrid, lo que será premiado, -eso sí, póstumamente-, por la Regente María Cristina con el título de Conde de Santa Pola. Ascende a contralmirante.

Ya en el reinado de Amadeo de Saboya, Antequera es elegido senador por Tenerife, cargo que abandona para tomar posesión como Comandante General del apostadero de Manila, con la misión de reforzar la defensa de las Islas Filipinas. Recibe la Gran Cruz del Mérito Naval con distintivo blanco.

En 1876, es elegido senador del Reino por la provincia de Alicante, con carácter vitalicio. Y ese mismo año, es nombrado Ministro de Marina en el Gobierno de Antonio Cánovas del Castillo, cargo en el que permanece año y medio, y del que dimite cuando las Cortes le rechazan un plan de reconstrucción de la Armada para la defensa del Imperio Insular, Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

En 1884, -otra vez con Cánovas-, vuelve a ser nombrado ministro de Marina, y tras permanecer nuevamente año y medio al frente del ministerio, vuelve a dimitir por la misma razón: un plan de flota para la defensa del Imperio Insular que no le es aprobado. Funda en esta ocasión la Revista General de Marina, el Servicio de Torpedos y la Escuela de Cartagena. Apoya a su amigo Fernando Villaamil en su proyecto para construir un nuevo tipo de barco, el destructor. Pero por encima de todo, pronostica el conflicto con Estados Unidos que, efectivamente, tendrá lugar en 1898. Lo hace en repetidas ocasiones, de la que extraemos la realizada en 1884 ante las Cortes, cuando le reprochaban haber comprado el acorazado Pelayo, el mejor del mundo en aquel momento: “¿Es posible que un país que tiene las necesidades de Cuba y Filipinas no tenga una escuadra acorazada, cuando la tiene hasta China? ¿Pues qué! ¿se puede seguir así ni un minuto más? ¿Se oculta esto a los señores diputados? ¿No es patente como la luz del día?”. Por pronosticar, pronostica hasta la fecha de la desgracia: “cuando a final de siglo se diriman las cuestiones pendientes”.

En 1885, con 62 años de edad, es ascendido a vicealmirante, nombramiento que, por cierto, correspondía haber cursado un año antes, pero que se niega a firmar, como le habría correspondido, en su calidad de ministro, lo que da buena cuenta, una vez más y como tantas, de la rectitud y honestidad de su proceder.

Ese mismo año se produce el llamado Conflicto de las Carolinas. La Alemania de Bismarck, la potencia europea más poderosa del momento, reclama unas islas del Pacífico que son españolas, de las cuáles las Carolinas las más importantes. España llega a preparar una flota de seis barcos para la defensa, flota que le es encomendada a Antequera, a pesar de que su graduación es superior a aquélla a la que correspondía el mando de una escuadra como aquélla, y plenamente consciente del riesgo extremo de la operación. Ante la posibilidad de que los alemanes, en vez de atacar en el Pacífico, lo hicieran en Baleares para proceder después a un intercambio de islas, realiza una modélica fortificación de las islas. Al final, un laudo arbitral emitido por el Papa León XIII, que reconoce a España la soberanía de las islas Carolinas y otorga a los alemanes algunas ventajas comerciales, evita la guerra.

Juan Bautista Antequera morirá a las 12:30 horas del 16 de mayo de 1890, con una edad de 66 años. Dejando esposa, Atanasia Angosto, con la que había contraído nupcias en 1879, a la avanzada edad de 59 años, lo que no será óbice para traer al mundo una nutrida descendencia de cuatro hijos: un Juan Bautista, prematuramente muerto, otro Juan Bautista, Rosario y Luisa.

En sus exequias, el Gobierno decreta le sean rendidos honores de almirante con mando de escuadra, y la Reina Regente manda depositar sobre el féretro una corona de flores.

Se halla enterrado en el Panteón de Marinos Ilustres de San Fernando, en Cádiz, junto con otros grandes marinos españoles como Jorge Juan, Antonio Barceló, Alejandro Malaspina, Federico Gravina, Cosme Damián Churruca, o su gran amigo Casto Méndez Núñez.



El Conde de Santa Pola

El 28 de junio de 1892, en agradecimiento a sus servicios, la Regente otorga a su hijo Juan Bautista, de cuatro años y diez meses de edad, el título de Conde de Santa Pola.

En 1906, Benito Pérez Galdós dedica uno de sus Episodios Nacionales a “La vuelta al mundo en la Numancia”.

En 1930, la Armada le da el nombre de Almirante Antequera a un destructor – ese tipo de barco ideado por su amigo Fernando Villaamil, que él tanto había apoyado – el cual entra en servicio en 1935.



En la ciudad de Santa Cruz de Tenerife, cerca de la cual naciera, una calle y una estatua perpetúan su recuerdo, como también lo hacen en la isla de Tenerife una playa y una bahía.

Un gran marino en el que no primó otro objetivo ni otro afán que el del servicio a la patria.

Luis Antequera